

sacrificio de su vida, y se inmolaba á la pureza de la república. Merecia la injuria del apodo de *hombre de Estado* que le daban sus enemigos. Era hombre de Estado, en efecto, por lo profundo de sus pensamientos, por el conocimiento de la historia, por la extension del plan y por la energía de la voluntad. Si hubiese tenido la palabra de Vergniaud ó la espada de Dumouriez, hubiera podido dar un gobierno á la república al dia siguiente de su advenimiento.

Mas la naturaleza le habia creado para agitar ideas mejor que hombres. Su cuerpo pequeño y delgado, su rostro meditabundo y grave, la palidez y el ascetismo de sus facciones, la severidad melancólica de su fisonomía, no le permitian difundir fuera la llama antigua que ardia dentro. En la Convencion tenia más influencia que accion; inspiraba y no agitaba, y tenia necesidad del silencio y de la soledad de su gabinete para entusiasmarse. Su pensamiento era como el fuego de esas lámparas que sólo brillan entre paredes, porque las ráfagas del aire libre les hacen vacilar y apagarse; pero volvía á encontrar toda su intrepidez en el recogimiento, donde Vergniaud y Gensonné concurrían todas las noches á ilustrarse con su genio.

Tal era la irritacion entre los partidos y los hombres cuando Brissot, Condorcet, Vergniaud y sus amigos decidieron á Roland á que llevase á la Convencion su informe sobre el estado de Paris. En él se ofrecia abiertamente el combate á las facciones, y fué leído en la sesion del 29 de Octubre. Escuchado favorablemente por la mayoría, intimidó á Marat, á Robespierre y hasta Danton, inspirando confianza á los girondinos. Los federados de los departamentos se presentaron al dia siguiente en la barra, y pidieron que la Asamblea reprimiese á los agitadores de Paris é hiciese prevalecer el gobierno nacional sobre la usurpacion de algunos malvados, y despues se diseminaron por los lugares públicos pidiendo á grandes gritos las cabezas de Marat, de Robespierre y de Danton. Legendre denunció aquellos atentados de los amigos de la Gironda en la sesion del 3 de Noviembre. Benta-bólle refirió que la víspera, pasando seiscientos dragones sable en mano por el baluarte, habian amenazado á los ciudadanos y gritado: *¡Nada de proceso al rey, sino la cabeza de Robespierre!*

Bazire denunció en los Jacobinos al partido de Brissot como únicamente ocupado en asegurarse el mando. Robespierre el jóven delató á Roland por haber hecho imprimir á cuenta del Estado la acusacion de Louvet contra su hermano, y por haberla hecho distribuir en los departamentos. «Ciudadanos, — dice Saint-Just, —no sé qué golpe se prepara; todo está en fermentacion en Paris. En el momento en que se trata de juzgar al rey y de perder á Robespierre, es cuando se llaman tantas tropas á la capital. La influencia de los ministros es tal, que desde que aparecen en la Convencion, sus deseos se convierten en leyes. Se proponen decretos de acusacion contra los representantes del pueblo, y Barbaroux propone juzgar al pueblo soberano. ¿Qué gobierno es el que quiere plantar el árbol de la libertad sobre los cadalsos? ¡Denunciemos á la nacion todos estos traidores!»

III

Robespierre, entre tanto, hacía ya algunos dias que no se presentaba ni en la Convencion ni en los Jacobinos. Humillado por la superioridad de Marat y de Dan-

ton en la primera lucha que tuvo que sostener con ellos contra los girondinos, esperaba retirado el momento de volver á granjearse la estimacion del pueblo y la admiracion de las tribunas. Una caida oratoria le era mucho más sensible que una caida de poder. Sus enemigos no tardaron en proporcionarle la ocasion de volver á colocarse en el punto en que él queria presentarse al pueblo.

«Pido la palabra para acusar á Robespierre», — dijo inopinadamente el temerario Louvet. «Y yo tambien me presento de nuevo para acusarle», — continuó Barbaroux. Notábase en su impaciencia que la acusacion estaba pronta, y que sólo espiaban un momento favorable. «Escuchad á mis acusadores», — respondió Robespierre con frialdad. Louvet y Barbaroux ya se disputaban la tribuna, cuando Danton se abalanzó para interponerse por última vez. «Es ya tiempo que conozcamos, — dijo Danton, —es tiempo que sepamos de quién somos colegas; es tiempo de que los nuestros sepan lo que deben pensar de nosotros. En la Asamblea existen gérmenes de desconfianza mutua, y es necesario que cesen. Si entre nosotros hay un culpable, es preciso que se le castigue. Yo declaro á la Convencion, á la nacion entera, que no quiero al individuo Marat; hice la experiencia de su carácter, y no sólo es acerbo y volcánico, sino insociable. Despues de este parecer, séame permitido decir que yo tambien estoy sin partido y sin faccion. Si alguno puede probarme que yo pertenezco á una faccion, que me confunda al momento. Si, por el contrario, es verdad que mi pensamiento es mio, que estoy firmemente decidido á morir ántes que ser la causa de un trastorno en la república, que se me conceda enunciarle todo entero sobre nuestra situacion actual. Sin duda es muy bueno que un sentimiento de humanidad haga deplorar al ministro del Interior las desgracias irreparables de una gran revolucion. Pero ¿se hizo estallar nunca un trono sin que sus fragmentos hiriesen á algunos ciudadanos? ¿Se hizo nunca una revolucion completa sin que esta vasta demolicion del orden de cosas existentes haya sido funesta á alguno? ¿Deben imputarse á la ciudad de Paris los desastres que, no lo niego, fueron quizá el efecto de las venganzas particulares, pero que es más probable fuesen la consecuencia de aquella conmocion general, de aquella fiebre nacional, cuyos milagros admirará la posteridad? El ministro Roland ha cedido á un resentimiento que yo respeto, sin duda; pero su amor apasionado al orden y á las leyes le hizo ver bajo la apariencia de faccion y complot de Estado lo que sólo es la reunion de pequeñas y miserables intrigas, cuyo objeto excede los medios. Penetraos de esta verdad, no puede existir faccion en una república. ¿Y dónde están esos hombres que se nos presentan como conjurados y como pretendientes á la dictadura y al triunvirato? Que se los nombre. Yo declaro que aquellos que hablan de la faccion de Robespierre son para mí todos hombres prevenidos ó malos ciudadanos.»

Habian sido acogidas las primeras palabras de Danton con un favor que la franqueza de su actitud y la varonil energía de su palabra inspiraban en torno suyo. Negando á Marat, daba una prenda de reconciliacion con los girondinos. Sus últimas palabras espiraron en medio de los murmullos. Danton cubria á Robespierre, á quien se deseaba herir. Buzot pidió desdeñosamente que Robespierre se dirigiese á los tribunales si se creia calumniado por Roland. Robespierre le interrumpió y se lanzó á la tribuna. «Pido — dice Rebecqui — que un individuo no ejerza aquí el despotismo de la palabra que ejerce en otras partes.» Robespierre insistió en vano.

Un jóven de veintiocho á veintinueve años, de pequeña estatura y de formas femeniles, facciones delicadas, cabellos rubios, ojos azules, color pálido, frente serena, expresion melancólica, pero cuya tristeza, en lugar de parecerse al abatimiento, recordaba la meditacion que precede á las fuertes resoluciones, se presentó en la tribuna. Tenia en la mano izquierda un rollo de papeles, y la derecha, apoyada sobre el mármol, parecía estar pronta al combate. Su segura mirada se paseaba sobre los bancos de la Montaña; aguardaba sólo el silencio. Este jóven era Louvet.

IV

Louvet era uno de esos hombres cuyo destino político sólo se compone de un día, pero este día les conquista la posteridad, porque une á su nombre el recuerdo de un talento sublime y de un sublime valor. El orador y el héroe se confunden algunas veces en un solo acto y en un solo momento. Louvet era natural de Paris, hijo de una de esas familias de la clase media colocadas en los límites de la aristocracia y del pueblo; que amaba el órden, como las fortunas arraigadas, y que detestaba las superioridades sociales, como el que asciende detesta al superior. Desdeñando el tráfico de su padre, el jóven buscó en las letras el nivel de su talento. Habia escrito un libro célebre entónces, *Faublas*, manual de libertinaje elegante. Este libro, calcado sobre la sociedad corrompida de la época, era el ideal de una sociedad que se rie de sí misma, y que sólo se admira de sus vicios.

Este escándalo habia formado la reputacion de Louvet; sólo su talento habia tomado parte en aquella obra; su corazon guardó el gérmen de la virtud, alimentando un fiel y ardiente amor. Casi adolescente, habia amado y sido amado con igual pasion; pero esta inclinacion mutua de dos corazones habia sido contrariada por ambas familias, y la mujer que él amaba fué desposada con otro. Los dos amantes dejaron de verse, pero no de adórase.

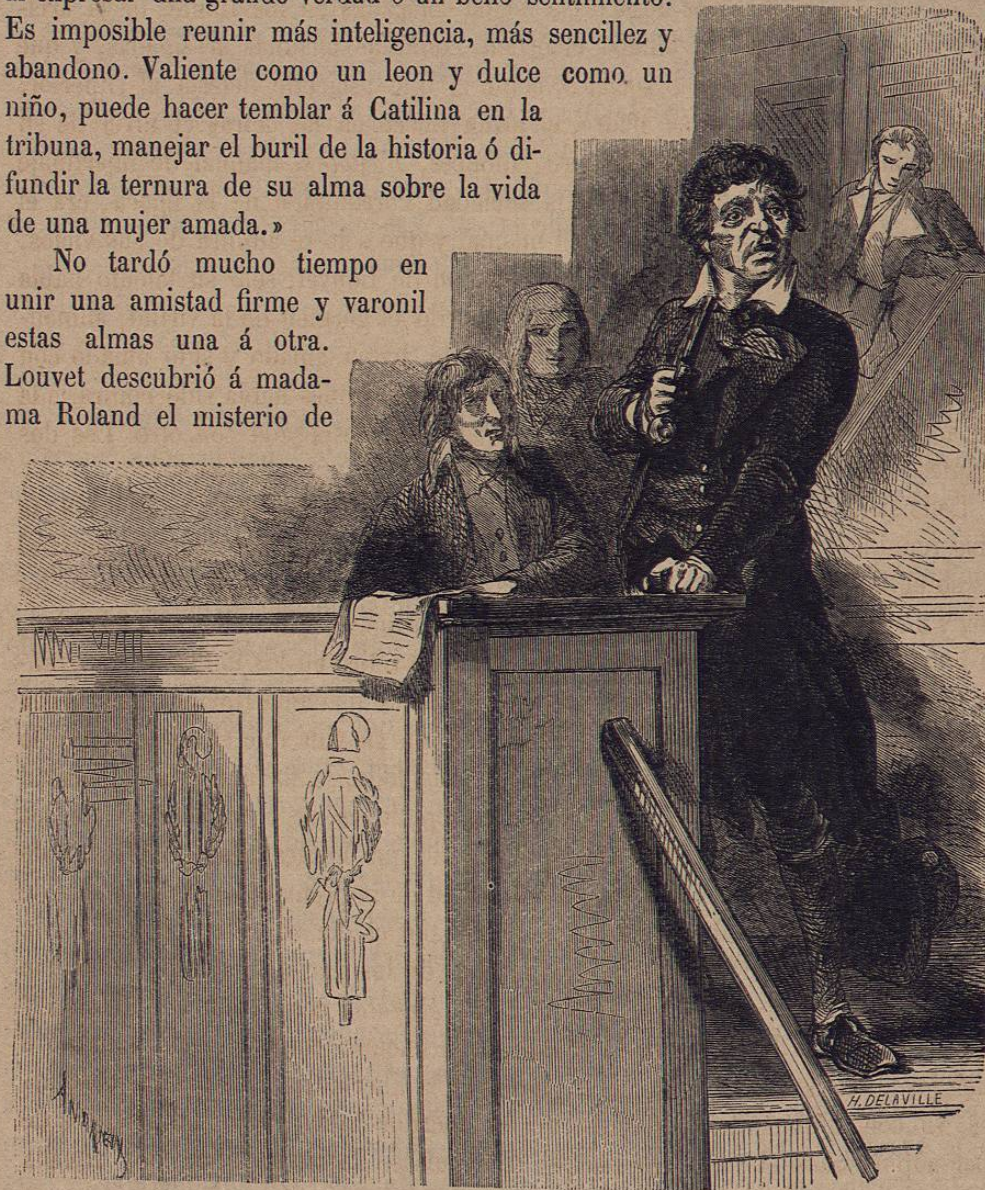
Lodoiska, tal era el nombre que él le daba, habiendo recobrado su libertad, se habia reunido á su amante. Tenia por las letras, por la libertad y por la gloria el mismo entusiasmo que Louvet, le acompañaba en sus estudios, y sólo tenían un alma y un genio para los dos. El amor no era únicamente para ellos una felicidad, era una inspiracion. Vivian ocultos en un pequeño retiro en los lindes de los grandes bosques reales que rodean á Paris. Lodoiska era madama Roland, más tierna y más feliz. La imaginacion tenia ménos lugar en su vida que el sentimiento: lo que ella adoraba en la revolucion, era, ántes de todo, la fortuna y la celebridad de Louvet. Su amor entraba siempre en sus opiniones, se entusiasmaba con los libros de filosofía y de republicanismo ántes de que hubiese llegado la hora de ocuparse de ello. Tan pronto como hubo libertad de imprenta y se abrió la sala de los Amigos de la Constitucion, Louvet dejaba por el día su retiro, donde volvía todas las noches, y se mezclaba al movimiento de los partidos. Cambió la pluma licenciosa que habia escrito las *Aventuras de Faublas* por la pluma publicista y por la tribuna de los Jacobinos. Mirabeau, licencioso como él, amó y animó á aquel jóven. Robespierre, que no comprendía la libertad sin las buenas costumbres, vió con sentimiento á aquel escritor de tocador hablar de virtud, despues de haber popularizado el vicio. Quería que se expulsase de la república toda aquella juventud más infecta que perfumada de literatura y de ateismo. Desde el tiempo

de la Asamblea constituyente, el diputado de Arras habia tratado de la separacion de Louvet de los Jacobinos.

En tiempo de la Asamblea legislativa, Louvet se habia afiliado en el partido de Brissot contra Robespierre. Lanthenas, amigo y comensal de madama Roland, le habia proporcionado la intimidad de esta mujer. «¡Oh Roland, Roland!—decia él más tarde.—¡Cuántas virtudes han asesinado en tí! ¡Cuántas virtudes, cuántos encantos y cuánto genio han inmolado en tu esposa, más grande y varonil que tú!» Estas palabras de Louvet manifiestan la impresion que habia hecho en él madama Roland. Esta no pinta con ménos gracia la inclinacion que tenia por Louvet. «Louvet—dice—podria algunas veces, como Philopœmen, pagar el tributo de su exterior. Pequeño, delgado, corto de vista, descuidado en el vestido, no se parece en nada al vulgo, que no nota al primer golpe de vista la nobleza de su frente, el fuego que se enciende en sus ojos, y lo impresionable de sus facciones al expresar una grande verdad ó un bello sentimiento.

Es imposible reunir más inteligencia, más sencillez y abandono. Valiente como un leon y dulce como un niño, puede hacer temblar á Catilina en la tribuna, manejar el buril de la historia ó difundir la ternura de su alma sobre la vida de una mujer amada.»

No tardó mucho tiempo en unir una amistad firme y varonil estas almas una á otra. Louvet descubrió á madama Roland el misterio de



Marat en la tribuna (sesion del 25 de Setiembre, 1792).—Pág. 159.

su amor, y le hizo conocer á Lodoïska, y las dos mujeres se comprendieron por la política y por el amor. Se vieron poco y furtivamente, porque la querida de Louvet ocultaba su vida en la oscuridad. La casta y respetada esposa del ministro no podía confesar la intimidad con una mujer que el amor sólo unia á Louvet.

Louvet escribió para Roland *El Centinela*, periódico de los girondinos, en el que el más ardiente republicanismo se asociaba al culto del orden y de la humanidad. El 10 de Agosto había salvado algunas víctimas, y el 2 de Setiembre había ablandado á los verdugos. Elegido para la Convencion, dejó su retiro, y habitaba una modesta casa en la calle de San Honorato, cerca del salon de los Jacobinos. Adicto por conviccion y amistad á las opiniones de la Gironda, formaba con Barbaroux, Buzot, Rebecqui, Salles, Lasource, Ducos, Fonfrede, Rabaut de Saint-Etienne, Lanthenas y algunos otros la vanguardia de aquel partido de la juventud de los departamentos, impaciente por purificar la república. Vergniaud, Petion, Condorcet, Sieyes y Brissot se esforzaban en vano para moderar á aquellos jóvenes. El alma de madama Roland ardía en ellos, y toda su táctica era que su partido empeñase á su pesar una lucha decisiva, pareciéndoles el contemporizar tan impolítico como cobarde. Louvet se ofreció para el primer golpe. El discurso que llevaba consigo desde ya hacía muchos dias había sido concertado en comun en el conciliábulo de madama Roland, que había encendido los sentimientos y dictado las palabras: Louvet era sólo la voz. Este discurso era ménos el de un hombre que la explosion de odio de un partido entero.

V

Mirando Robespierre á Louvet, afectó el desden y triunfó interiormente al ver que ningun orador célebre ya había querido encargarse del acta de acusacion contra él. Esta consideracion de Vergniaud, de Gensonné y de Guadet se descubria en su actitud é inspiraba confianza á Robespierre. Louvet despreciaba hasta el descontento de su mismo partido, porque sentía en pos de él la mano de madama Roland, que le impulsaba á la lucha. Restablecido el silencio, habló así:

«Una gran conspiracion amenazaba pesar sobre Francia, y había pesado demasiado tiempo sobre la ciudad de Paris. Llegásteis, y la Asamblea legislativa fué desconocida, envilecida y hollada. Hoy se quiere envilecer la Convencion nacional, y se predica abiertamente la insurreccion contra ella. Es tiempo de saber si existe una faccion de siete ú ocho miembros de esta Asamblea, ó si son los setecientos treinta miembros que la componen una faccion. Es necesario que de esta insolente lucha salgais vencedores ó envilecidos; es necesario, para dar cuenta á Francia de las razones que os hacen conservar en vuestro seno ese hombre sobre quien la opinion pública se desarrolla con horror, ó que por un decreto solemne reconozcáis su inocencia, ó que le expulseis de aquí; es necesario que tomeis medidas contra esa municipalidad desorganizadora que prolonga una autoridad usurpada. En vano prodigareis medidas parciales, si no atacais el mal en los hombres, que son los autores. Yo voy á denunciar sus complots, y tendré á todo Paris por testigo. Podria desde luego admirarme de que Danton, á quien nadie atacaba, se haya lanzado aquí para declarar que era invulnerable, y para negar á Marat, de quien se ha servido como de un instrumento y de un cómplice

en la gran conjuracion que yo denuncio.» (*Murmillos*). Danton: «Yo pido que se permita á Louvet tocar el mal y poner el dedo en la llaga». Louvet continúa: «Sí, Danton, voy á tocarle; pero no se grita anticipadamente. En el mes de Enero último fué cuando se vió en los Jacobinos suceder á las discusiones profundas y brillantes que nos habían honrado ante Europa aquellos miserables debates que poco faltó para que nos perdiesen, y cuando se empezó á calumniar á la Asamblea legislativa. Se vió un hombre que quería siempre hablar, hablar sin cesar, hablar exclusivamente, no para ilustrar á los jacobinos, sino para sembrar entre ellos la division, y sobre todo, para que le oyesen algunos centenares de espectadores, cuyos aplausos se querian obtener á todo precio. Confidentes de este hombre se revelaban para presentar tal ó tal miembro de la Asamblea á las sospechas, á la animadversion de los espectadores crédulos, y para ofrecer á su admiracion un hombre de quien hacian el más fastuoso elogio, á ménos que no le hiciese él mismo. Entónces fué cuando se vieron intrigantes subalternos declarar que Robespierre era el único hombre virtuoso en Francia, y que sólo se debía confiar la salvacion de la patria á aquel hombre, que prodigaba las más bajas adulaciones á aquellos centenares de ciudadanos fanatizados á quienes él llamaba pueblo. Es la táctica de todos los usurpadores, desde César hasta Cromwell, desde Sylva hasta Masaniello. Nosotros, entre tanto, fieles á la legalidad, avanzábamos bien resueltos á que no se sustituyese á la patria la idolatría de un hombre. Dos dias despues del 10 de Agosto, yo estaba en el Consejo general provisorio. Entra un hombre, y al verle hay un gran movimiento; era el mismo, era Robespierre. Viene á sentarse en medio de nosotros; me equivoco, va á sentarse en el asiento preferente de la mesa. Estupefacto, me pregunto á mí mismo, no creyendo á mis ojos: «¡Qué! Robespierre, el incorruptible Robespierre, que en los dias de peligro había dejado el puesto en que los ciudadanos le habían colocado, que despues se había comprometido formalmente veinte veces á no aceptar ningun cargo público, ¿Robespierre ocupa de repente un puesto en el Consejo general de la municipalidad?» Desde entónces comprendí que aquel consejo estaba destinado á reinar. Vosotros lo sabeis, Robespierre se atribuye el honor del dia 10 de Agosto. La revolucion del 10 de Agosto es la obra de todos. Pertenece á los arrabales, que se han levantado en masa, á los valientes federados, que en aquel tiempo ciertos hombres no habían querido recibir en Paris; pertenece á los valientes diputados que aquí mismo, en medio del ruido de las descargas de artillería, votaron el decreto de suspension de Luis XVI; pertenece á los generosos guerreros de Brest, y á la intrepidez de los hijos de la altiva Marsella. Pero el 2 de Setiembre... ¡conjurados bárbaros! os pertenece á vosotros, y sólo á vosotros. (*Movimiento de horror*). Se alaban ellos mismos; ellos mismos, con un desprecio feroz, sólo nos designan como los patriotas del 10 de Agosto, reservándose el título de patriotas del 2 de Setiembre. ¡Ah! Que les quede esa distincion, digna, en efecto, de la especie de valor que les es propia; que les quede para nuestra justificacion durable y para su eterno oprobio. El pueblo de Paris sabe combatir, pero no asesinar: todo él estaba en las Tullerías en el magnífico 10 de Agosto; es falso que se le viese en las cárceles en el horrible 2 de Setiembre. ¿Cuántos asesinos había en las cárceles? No llegaban á doscientos. ¿Cuántos espectadores fuera? Ni aún el doble. Preguntad á Petion, él mismo os lo confesará. ¿Por qué no se ha evitado? ¿Porque Roland hablaba en